



YA VIENEN LAS SUECAS, MADRE

CON el buen tiempo, que está al caer, han empezado a asomar las primeras turistas suecas por el Paseo del Prado madrileño, al costado de sus fuentes carolinas. Ya vienen las suecas, madre, dicen que le ha dicho un delegado adjunto del Ministerio a la ilustre dama que le dio el ser, desmintiendo así el rumor de los eternos descontentos, según el cual los índices de turismo están descendiendo de manera alarmante en nuestro país. Otra conjura antiespañola. Nosotros, reporteros siempre de la verdad, hemos captado esta imagen viva en la calle y la traemos aquí para que se vea que la sueca, con su habitual y variopinto atavío veraniego —pañuelo a la cabeza, minifalda y mustlada— vuelve a alegrar, como todos los años, la coyuntura económica. Se hunden los tour-operators, salen fraudes turísticos en Inglaterra, se pide un turismo de calité, pero la sueca, año tras año, fiel a la cita con el hortera-lover y con la balanza de pagos, nos visita puntualmente, como una cigüeña, con pecas y buena pierna, y hace su nido, si no en la torre de la iglesia, en los apartamentos de Padre Xifré y las pensiones de Atocha. Que Dios nos la conserve. Y digo que Dios nos la conserve porque, con eso del turismo de calité, me parece que los del ligue no vamos a comernos una rosca. Cuando sólo vengan princesas y pianistas, la temporada de ópera estará muy lucida, y la balanza de pagos se pondrá gordísima, pero al español medio, al hombre de la calle, eso no le va a servir de nada, y en cambio perderá la única oportunidad que tenía —en este país de estrechas— de comer caliente. Volverán las turistas ricas y viejas, pero aquellas que aprendieron nuestros nombres —suecas y macizas— ésas, ay, no volverán.

UMBRAL



BESOS FRIVOLOS

Un beso sonó en el parque, y las madres que hacían punto mientras retoños jugaban a Cannon matándose de mentirijillas en espera de un día poder hacerlo de verdad, saltaron de sus asientos furiosas. En un abrir y cerrar de ojos, una pareja que ocupaba un banco colocado en lugar discreto se vio rodeada por medio centenar de personas ansiosas de sangre, sudor y lágrimas, que les recriminaron mostrarse tan efusivos en un lugar público destinado a las futuras generaciones de censores. La pareja fue asediada a preguntas, y cuál no sería la sorpresa general de los inquisidores al saber que ni estaban prometidos ante el Cristo de la Vega, ni eran novios tan siquiera; la noticia se extendió por el parque, y una muchedumbre encolerizada se agolpó ante los desdichados protagonistas del suceso, pidiendo su inmediato matrimonio canónico; los guardas jurados aprovecharon la ocasión para poner multas a los que pisaban el césped, mientras la multitud, enardecida ante la negativa a la boda —pues los encausados consideraban el matrimonio como una pérdida de sus libertades individuales y que se besaban porque les apetecía— clamaba pidiendo la cabeza de la chica. Unos obreros de la construcción llevaron carretillas cargadas de piedras, que vendían a dos pesetas ejemplar, para proceder a la lapidación «in situ»; pero antes, una bondadosa dama catequista conminó a la muchacha a arrepentirse de sus innobles actos y le reconfortó espiritualmente con vistas al titular del día siguiente en los diarios. La ejecución duró apenas cinco minutos —durante los cuales la chiquillería la gozó a gusto— porque, o la ajusticiada no era muy fuerte o los verdugos ostentaban muy buena puntería.

Es loable que se ponga coto a la indecencia callejera, que luego vienen los turistas y se llevan una pobre impresión de nuestras mujeres, cuando en realidad, la española cuando besa, besa siempre de verdad, y si a alguna le interesa besar por frivolidad...

PIBE HAMETE